

Director literario
LEOPOLDO PARDO

Colaboradores
todos los estudiantes

Plumas Noveles

ORGANO DE LA CLASE ESCOLAR

SUSCRIPCIÓN
Un mes... 0,25 pts.

Relación y Admón.
Colón, 12, bajo

SALUDO

Consideramos deber inexcusable antes de nada, enviar a la prensa toda, una efusiva, cordial y ardiente salutación, y singularmente a la de Cuenca, con la que nos han de unir en toda ocasión estrechos y fraternales vínculos.

Por estimarla esta sazón oportuna, recordamos la luminosa controversia sostenida entre estudiantes de nacionalidad rusa, que aparece en una de las obras del insigne autor del *¿Quo vadis?*

Aquellos estudiantes, según sus inclinaciones por las distintas ramas de la actividad científica, y atendiendo siempre a las determinaciones subjetivas de cada uno, exponían con entusiasmo férvido y creciente su diversidad de criterios en la concepción de la ciencia.

Uno del grupo, alumno de Filología decía que el hombre debe consagrarse por entero a la ciencia y con tal motivo, valiéndose de un símil, contó: que un pescador islandés tan en absoluto, se había entregado a la contemplación de una aurora boreal que, impotente para poder resistir el feroz embate de las encrespadas olas, fué juguete de ellas, pagando con su vida aquél regodeo espiritual; hasta el último momento había tenido fija su vista admirando fenómeno tan singular, bello y curioso, y cuando su cuerpo fué extraído del fondo del mar, pudo observarse que la aurora boreal estaba reflejada en sus ojos.

Tal sucede con aquel que se dedica a la ciencia: «cualquiera que sea su destino entre el vaivén de la vida, el reflejo de la ciencia brilla de un modo perdurable en su frente.»

Con arrestos imponderables acometemos nosotros tan árdua empresa, teniendo como guía constante de nuestros afanes el hermoso ejemplo contenido en la predicha anécdota.

Tal es nuestro programa. Nuestro ideal, es ese.

LA REDACCIÓN

Mientras los cañones truenan...

En un pastoril albergue
que la guerra entre unos robles
lo dejó por escondido
o lo perdonó por pobre...

GÓNGORA.

¡Aleluya! La juventud conquense ha creado un Ateneo escolar. Los muchachos hablan y obran ya de otro modo que la generación que se agrupara solo para hacer menuda política *fulanista* y agostó su lozanía buscando como ideal supremo un escaño en el Concejo o en la Diputación provincial.

Felicitamos a los jóvenes que se preocupan de algo más que de la perfección del nudo de la corbata y felicitemos a Cuenca, cuyos futuros destinos estarán confiados a esos hombres de tan buena voluntad. Y el mundo entero también está de enhorabuena, pues la mocedad inteligente, honrada y laboriosa, será la que ahogue para siempre el rugido infernal de los cañones.

JUAN GIMÉNEZ DE AGUILAR
Cronista de Cuenca.

Omnia labore

Me encanta ver a la juventud escolar conquense empleando sus afanes en la fundación de un Ateneo y de un periódico. Así es como ha de formarse la Patria chica, vigorosa, con que to los hemos soñado alguna vez.

Y vean los pesimistas que pronto comienzan a dar frutos el Ateneo conquense.

Cuenca se ilumina... Amanece...

La otra Patria, la grande, todavía necesita más el esfuerzo de la naciente juventud.

La actual guerra, aparatosamente gigantesca, acaso sea la última guerra militar. Pero se avizora otra más espantosa todavía y más estensa: la guerra interna de las modernas sociedades, harto corrompidas, en donde impera el egoísmo criminal, pues en tanto que sucumben al hambre los trabajadores sin trabajo, triunfan y derrochan con escándalo los que no saben trabajar. En esa lucha por la existencia habrá de triunfar sin duda alguna el estandarte del Trabajo, que llevará escrito este lema justiciero:

El que no trabaja, no tiene derecho a vivir. Si vivè, vivirà de limosna.

E. SÁNCHEZ VERA.

MIS SIMPATIAS...

Me piden los fundadores de PLUMAS NOVELES una cuartilla, en donde con lense mi pensar acerca del *Ateneo Escolar*, y no puedo huir el bulto.

Allá va:

Creo que debemos esperar cosas buenas porque la savia es nueva llena de optimismo y revela un ansia sagrada: la de aprender.

Entiendo que hacen bien, pese a los eternos aguafiestas, porque han de seguir sendas abiertas a la cultura, a la difusión de ella y no han de ser egoístas convirtiéndose en fiestas de índole familiar, lo que deben ser solemnidades de extensión cultural a las que irán to los cuantos aman el saber y la ciencia y los que desean reverenciarlas.

Y, por último, que empresas tan nobles tienen todas mis simpatías...

EUSEBIO CHUST.

27-febrero-1917.

MI CUARTILLA

Nada tan digno de alabanza y plácemes como el amor al trabajo, siendo doblemente lau table cuando éste se manifiesta en la edad dichosa en que la vida sólo sonrisas y dulces caricias muestra para los que principian su árido sendero.

He aquí es a nueva juventud que, vigorosa y en alas de su ilusión, lánzase con decidida fe al palenque de la contienda, peñola en ristre.

Su esfuerzo noble, sublime, es merecedor de las más entusiastas alabanzas al par que del apoyo más decidido.

Persistir siempre en tan bellos ideales, y ellos os llevarán los laureles de la gloria, no olvidando nunca que el trabajo con fe y perseverancia hace accesibles las más elevadas cumbres que el hombre puede encontrar en su camino.

ILDEFONSO VELASCO,
director de «El Día de Cuenca».

Ateneo Escolar

La conferencia del viernes fué presidida por los señores Carrión y León y por la Directiva de este Ateneo.

Presenta al orador el señor Alarcón con palabras de simpatía, y dice que el tema elegido es «Hernán Cortés y la conquista de México».

El señor Cuesta, empieza ensalzando la

labor que este Ateneo se propone y los fines que persigue. Cuenta la historia de Cortés desde sus primeros años; enaltece sus hazañas que consisten en saber mandar y guardar el mando. Hace elogio de las muchas riquezas que poseía antes el país de México y la codicia que proporcionaba el oro allí amontonado. Después de realizar grandes proezas de valor en varias luchas y conquistas de Ciudades y fortalezas, explica las grandes comodidades y riquezas que encontraban a su paso.

Terminó el orador dando gracias a la concurrencia, por su benévola acogida y suplicando le dispensen por su modestísima obra, que como *novel* no tiene las condiciones físicas e intelectuales que un buen orador.

Fué muy aplaudido el señor Cuesta al terminar su elocuente disertación.

El viernes 2 de marzo, tendremos el gusto de admirar al aventajado estudiante de sexto curso, D. Cayo Conversa Muñoz.

EL AVARO

Esclavo de la codicia,
amarillo como el oro
que en su entusiasmo acaricia,
sin más ley que la avaricia,
sin más Dios que su tesoro:

El avaro, horrible ser
cuyo corazón mezquino
yace cerrado al placer,
y a quien, sin dula, al nacer
maldijo airado el destino.

Si, que idólatra malvado
de su egoísmo insaciable,
vive de todos odiado,
y en medio del mundo, aislado,
y entre el oro, miserable.

Sólo atiende su afición
del oro al eco sonoro;
y en continua agitación,
le tortura el corazón
la guarda de su tesoro.

Sobre la cama haraposada
do taimado le recata,
sueña en la noche medrosa
mirar la mano alevosa
que airada se lo arrebata.

Brota entonces de su pecho
un grito ronco y ahogado:
cobarde, tiembla en su lecho,
y le oprime en lazo estrecho
contra su seno agitado.

E inmóvil, mudo, encogido
y afanado en ocultar
el aliento comprimido,
hasta le acobarda el ruido
de su tardo respirar.

En vano el pobre a su puerta
llamará con débil mano;

que a la piedad su alma muerta,
no le obliga ni de pierta
del triste el dolor insano.

Nunca en su pecho avariento
ni en su corazón cruel
halló la piedad asiento,
ni hay fibra sensible en él
para un puro sentimiento.

Ni al que con lolo llora
amparo da ni sostén,
ni sabe el bien que atesora
la alegría de hacer bien
al que por piedad le implora.

No, que en su delirio insano
y encarnado su albedrio
en su tesoro villano,
llama necio desvario
cualquier sentimiento humano.

¡Ah!, huid su presencia odiosa
que mancha su planta vil
el camino en que se posa,
como la baba asquerosa
del ponzoñoso reptil.

¡Baldón sobre la memoria
del avariento que, inmundo
y encenagado en la escoria,
no cambia el oro del mundo
por un átomo de gloria!

¡Baldón sobre el alma impía
que en el oro se gloria;
y, en su avaro frenesí,
no comprende la alegría
que encierra el amor en sí!

Si, maldición sobre el ser
cuyo corazón mezquino
yace cerrado al placer,
y a quien, sin dula, al nacer
maldijo airado el destino.

R. DE A.

Al caer de la tarde

I

Mi cuerpo peregrino, fatigado con el peso de sus dolores, sigue por el largo camino interminable. Como el judío errante, anda y anda sin descanso. No vislumbra el término de su jornada cruel, ni encuentra en la espantosa soledad de su desamparo ningún compañero de viaje que le diga consuelos y aliente su esperanza con palabras fraternales de cariño.

La vereda triste, sombría y tortuosa está orillada por malezas y zarzas. Su luz es opaca y fría; sus horizontes, cerrados y negros. Cansada y gemidora, el alma errabunda quiere reposar y no puede. El apoyo que busca en los lados del camino, no contentos con tanta amargura, la desgarran, y por las roturas brutales salta la sangre doliente en lágrimas rojas encendidas, que prenden en los espinos como vivas amapolas encarnadas.

En el perpetuo atardecer gris y monótono, todo parece ambicionar un término.

Huela la soledad de páramo, atemoriza el silencio de sepultura, oprime el peso del aire, parado y asfixiante.

Sin guía ni esperanza, abiertas las heridas del dolor, recibiendo las zarpadas de la ingratitude, llorando las punzaduras de la maldad, mi pobre cuerpo, mi alma buena, siguen adelante por la cuesta empinada de la vida.

No ven el humo azul de un hogar amigo; no encuentran la gallarda silueta de la alta torre vocinglera que remata la casa de Dios. Nada ni nadie. Les molesta el villano ropaje de la hipocresía, se despojaron de él soltando sus ligaduras infernales y el temor ajeno les condenó al abandono.

Y el alma desesperada sigue, sigue perenne con un anhelar eterno, con una ilusión que no llega, con un afán que no se logra... Anda, anda, y las piedras del camino hienden la carne rosácea de sus pies...

II

—¿A dónde vas, viajero?

—No sé. Camino sin rumbo. Con la esperanza en el pecho, y la perversidad ajena por pesadumbre, voy buscando algo que no encuentro nunca. Alimento del alma, paz del corazón inquieto, satisfacción del pensamiento irrefrenable...

—¿Y tú?—¿Qué buscas tú que saltas a mi camino como una aparición celeste, bella en tu forma, gallarda en tu figura, altiva en tu ademán, como una dama de los tiempos medioevales?

—Busco como tú, consuelo a mi padecer.

—¿Sufres?

—¡Lloro! Mis lágrimas resbalan locas por mi pecho triste, y caen al suelo, y quedan redondas como cristales de rocío.

—¿Como perlas, dirás!

—Como perlas, si quieres. Pero lloro mucho, y mis ojos enrojecen y mi corazón se altera en la cárcel del pecho, y muero sola, ensimismada, sin más compañero que mi pesar.

—¿Qué te ocurrió, niña, que así es de plañidero tu acento y de amargo tu decir?

—Que soñé mucho.

—¡Pobre! ¿Soñastes!...

—Soñé con grandes castillos almenadas, con lagos verdes, con gacelas blancas. Soñé con bellos pajes rubios y troveros apasionados que encadenaban su inspiración con el compás de músicas dulces. Soñé con cuentos de hadas que adormecían mis noches de pequeñuela, y con cuentos medrosos que empavorecían mi espíritu niño.

Soñé... pero qué importa, si mi sueño como sueño, es quimera, irrealdad y fantasía. Si no he de lograrlo. Si no ha de interesarte...

—Sigue, belle niña, sigue. No nubes el claro cristal de tus ojos negros, con lá-

grimas tan amargas. Sigue. A tu mirada pura se asoma el cielo; tu decir musical es voz divina. Sigue. Yo también sufro. Yo también lloro. Pero mis lágrimas ruedan por dentro del pecho como lágrimas de hombre, y envenenan la sangre con su acibar. Sigue que me interesa tu dolor y me alegra tu alegría.

También he oído yo en las noches oscuras del invierno, el monótono decir de los cuentos de diablos, de guerras y de muertes.

Lo mismo que tú, sentía las garras del miedo clavarse en mi pecho. Y mientras la ventisca soplabá fuera y azotaba inelentemente, los cristales, y lejos, en las montañas, aullaba el lobo, a mí, me parecía que bajaban por la ancha campana de la chimenea las brujas, los duendes, los demonios y danzaban sobre las llamas violentas, rojas, amarillas, y que se retorcían después libres del fuego, como leños de encina.

—Habla, encantadora, habla. El sonar de tu conversación es suave y tierno. Tus labios parecen una rosa y pétalos sutiles, las palabras arrancadas de ellos. Sigue.

—¿Me escucharás?

—Siempre.

—Misionera de amor, bajé el camino árido y pedregoso que cruzamos.

—Como yo.

—Allá arriba cunde la codicia y arrecia el villano deseo. Y yo que he soñado con un alma blanca, como la pureza, que quiera vivir la vida del espíritu.

—Como yo.

—Tuve mi aparición y la busco sin sosiego. Al dorado alcázar de mis ilusiones llamó con mano firme una tarde de abril. Caballeros en un potro alazán, con sus ojos negros, grandes, rebrillando al sol el bruñido casco guerrero que adornaba una pluma flotante, me clavó el dardo de su mirada punzadora como flecha de oro. Luego... ¡Ay! espoleó al caballo, tiró de la ancha brida y raudo como el pesamiento huyó... huyó para siempre.

—Te pasó como a mí.

—¿Atí también?

—También se escapó mi ilusión y también la busco en vano. También vi una tarde de mayo mi aparición dichosa, bella y gentil, con sus trenzas de oro y sus ojos robados al Cielo, mostrando su lucir azul en el blanco rosado de su rostro de virgen.

Yo ví la turgencia de sus senos de nácar y aspiré el perfume de sus labios sangrientos. Yo la ví ¡ay! alejarse señoril, con su andar gallardo, envuelto el cuerpo adorado en la albura del traje, perderse en la lejanía, siempre altiva, siempre ideal, con un eterno adiós en su mano de nieve...

—¿Lloras?

¡Los dos lloramos!

—Tenemos que seguir nuestros cami-

nos opuestos. ¡Un momento nos juntó el destino en medio de esta aridez, para separarnos otra eternidad. ¡Adiós!

—Aguarda. Yo he pensado que en el bello día de mi amor renacerían las rosas en una bendita floración de felicidad.

—Y yo esperó que rompa el Sol la negrura de esas nubes plomizas y anuncie con la gloria de su luz la proximidad de la dicha.

—Espera.

—¿Para qué.

—¿No oyes? Arrullan aquí cerca dos palomas que musitan amores. El silencio de tumba que nos rodea, lo rompe el cristalino murmurar del agua de un venero. Mira como se allana el camino empinado; se limpia de piedras el suelo, y brotan flores en los zarzales. El aire corre alegre por el espacio sereno. El Sol, cuelga en los árboles sus tapices de luz; nos alfombran el suelo, jazmines y azucenas. Es la ventura lograda que brinda a nuestra voluntad y a nuestra constancia, el dulce premio del cariño. Enlacemos nuestros brazos. Revuelva el viento tus cabellos y los míos. Fundamos nuestras almas hermanas. Unamos los labios avarientos, y bajemos mi vida al valle poético de nuestras alegrías.

Ha vestido el Sol sus galas de oro. Florecen los almendros, y los rosales brindan el misterioso secreto de sus perfumes.

En la estrecha bellota, han estallado los claveles granas... Tiemblan en el aire las alas sutiles de albo plumaje de seda y en la fontana de la umbria, dos pajaritos bellos menen sus picos.

Vibra en la tierra un gigante latido de amor.

¡Cae la tarde!

RODOLFO DE ADEVA.

ENSUEÑO

Forma tomé de libro de oraciones: cabe en tu lecho, púseme cuitado y contemplé suspensó y asombrado, cien mil adivinadas perfecciones.

Bendiciendo los suaves eslabones, entre tus dedos vime aprisionado; fijaste en mí los ojos y anegado estuve en luz, en dicha... en tentaciones.

Leíste a media voz ¡oh bien querido! y tus dulces palabras melodiosas conmovieron aun más mi ser amante.

Besásteme y caí desfallecido sobre tu seno de embriagantes rosas por el valio de tu carne palpitante.

R. DE A.

Sección recreativa

Pasatiempos de salón

Para sacar una moneda de un jarro de agua sin mojarse las manos.

Se toma una vasija de porcelana, que no sea muy grande y se llena de agua algo más de la mitad; enseguida se deja caer una moneda; y se propone a la reunión que retire dicha moneda sin mojarse las manos. Nadie podrá hacerlo. Pues bien: llevando la mano bien restregada de «licopodio» en polvo, se meterá en el agua, se sacará la moneda sin que la mano se moje.

El hilo y el alambre.—Atese un alambre al extremo de un hilo y propóngase a uno de los contertulios, que aplicando una cerilla al extremo del hilo, se queme éste pero que el alambre no caiga al suelo. Para ello, basta tomar un poco de sal común humedecida entre los dedos índice y pulgar, y con ella, refregar el hilo en toda su longitud. Si después de esto se le prende fuego al hilo por su parte inferior, se le verá arder, y se verá que el alambre sigue pendiente de las cenizas.

El mar proceloso

El mar proceloso o simplemente El mar, se juega de la manera siguiente:

Una persona representa el mar; las demás reciben nombres de peces y se sientan en círculo en sillas, que se tocan por el respaldo. El mar va dando vueltas alrededor del círculo y llamando a los peces, los cuales le siguen y deben imitar todos los movimientos que aquél hace a medida que va pronunciando las palabras: «El mar se enfurece, las olas se levantan, estalla la tormenta, el viento sopla con fuerza, etc., etc.» Pero en cuanto el que hace de mar, dice: «El mar está sereno», y se sienta de pronto en una silla, todos los peces se apresuran a ocupar las restantes. El que no consigue sentarse en una, paga prenda o se le castiga a hacer de mar.

La gallina ciega

Es el juego de la *gallina ciega*, tan conocido y tan vulgar, pero en otra forma más atrayente y más agradable. Los jugadores no corren de un lado a otro burlando los brazos de la gallina ciega, ni ésta se expone a romperse algo con algún mueble que le ponga en el camino un mal intencionado. Este nuevo juego es el siguiente:

Los jugadores forman círculo, y en el centro se coloca la gallina ciega con los ojos vendados y un bastón en la mano. Los jugadores dan algunas vueltas en círculo (pueden hacerlo cantando), hasta que la gallina ciega da un golpe con el bastón en el suelo. Entonces todos se detienen y se callan. La gallina ciega extiende el bastón en una dirección cualquiera, la que se le autoje, y en cuanto toca a uno

le dice: «pía», y el tocado debe emitir un sonido, piando, gruñendo o chillando. La gallina ciega debe conocerlo por ese sonido; si lo conoce, éste se pone en su lugar, si no lo conoce, continúa siendo gallina ciega.

Juego de nombres

Un jugador dice la inicial de un nombre propio, por ejemplo, la M. El vecino dice una letra que venga bien con la M, como *a*. El que sigue dice otra *r*, y así sucesivamente hasta que se forme un nombre completo. El que nombra una letra inadecuada o no sabe decir cuál es el nombre formado, por no haber estado atento, paga prenda. El que por salir del apuro dice una letra que no venga bien, puede ser preguntado por su vecino, cuál es el nombre del que es continuación la letra por él mencionada, y si no sabe decirlo paga prenda; pero si lo nombra bien, el preguntador es el que paga la prenda por falsa sospecha. No vale pararse a pensar. La complicación del juego consiste en que el mismo principio de palabra puede servir para muchos nombres, y que no siempre es fácil acertar cuál es el que tiene en la mente el que ha empezado. Así, por ejemplo, *Mar* es principio de María, Martín, Marcos, Marcelo, Margarita, Mariano, Marta, etc.

Refranes a gritos

Es un juego muy divertido y que puede utilizarse como pago de prendas. Un jugador se va de la habitación; los demás, entretanto, escogen un refrán cualquiera, y cada uno toma de él una palabra. Entonces entra el ausente, y a una señal dada, todos gritan la palabra que les ha correspondido. Pues bien: de ese ruido de tantas voces distintas, el castigado ha de adivinar el refrán. Si a la primera no lo acierta, se repiten los gritos, y se sigue hasta que aquel acierta o se da por vencido.

El tocador de la señora

Se escoge una *señora*, que por lo común es un hombre, el cual se sienta en medio del círculo formado por los jugadores. Su ayuda de cámara está de pie delante de él. La *señora* da a cada jugador el nombre de un objeto de tocador, y enseguida, su ayuda de cámara empieza diciendo: «¿Qué desea la señora?» Y la señora responde: «El jabón». La persona que ha recibido este nombre se levanta al instante y va a ocupar el lugar de la doncella. La nueva camarera dice a su vez: «¿Qué desea la señora?», y el juego continúa de igual manera hasta que todos hayan sido llamados. Entonces la señora pide de una vez todo su tocado, y todos se levantan y

cambian de lugar. Para este juego ha de haber una silla menos que jugadores, y pagan prenda: 1.º, el que se queda sin silla; 2.º, los que quedan en las mismas sillas que ocupaban antes.

Berzas

Para aprender a querer,
se necesita sufrir.
¿Si te calientas? ¡A hervir!
¿Si te atizan? ¡Pues a arder!

Sembré semilla de amor
y nació, para mi daño,
sólo un árbol: ¡el dolor!
Sólo un fruto: ¡el desengaño!

Bienaventurado sea
el que padece de amor;
si hay tontería mayor...
¡que venga Dios y lo vea!

Vive en Carretería
y ella es morena,
cuando salgo de clase
paso por verla;
y sus ojillos,
me dicen al mirarme:
«¡Eres tan pillo...!»

EL TRAPERERO.

EXPOSICIÓN DE LABORES
Y TRABAJOS MANUALES, ORGANIZADA POR
La Mujer en su Casa
REVISTA DE LABORES, MODAS Y ECONOMÍA DOMÉSTICA,
que se celebrará en Madrid en el mes de Mayo de 1917, bajo la Presidencia de honor de
S. M. la Reina Doña Victoria Eugenia
Detalles en la Administración: Núñez de Balboa, 21, Madrid.
IMPORTANTES PREMIOS

SOMBRERERIA

Santamaría

Mariano Catalina, 22

IMPRENTA

“EL DIA DE CUENCA,”

Calle de Colón, 12.

Se hacen toda clase de trabajos.

Disponible